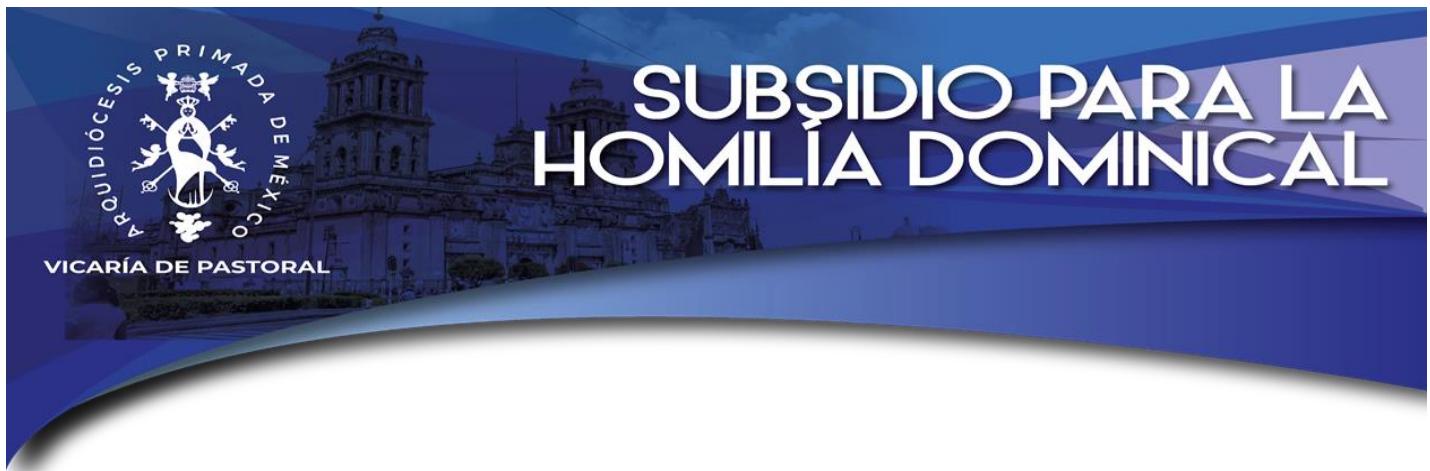


12 de marzo de 2023
3er DOMINGO DE CUARESMA CICLO A



LECTURAS

Éxodo 17,3-7: En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés: «¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?». Clamó Moisés al Señor y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen». Respondió el Señor a Moisés: «Preséntate al pueblo llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el río, y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo». Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y puso por nombre a aquel lugar Masá y Meribá, por la reyerta de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: «¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?».

Salmo 94: Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras».

Romanos 5,1-2.5-8: Hermanos: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos: y nos gloriamos, apoyados en la



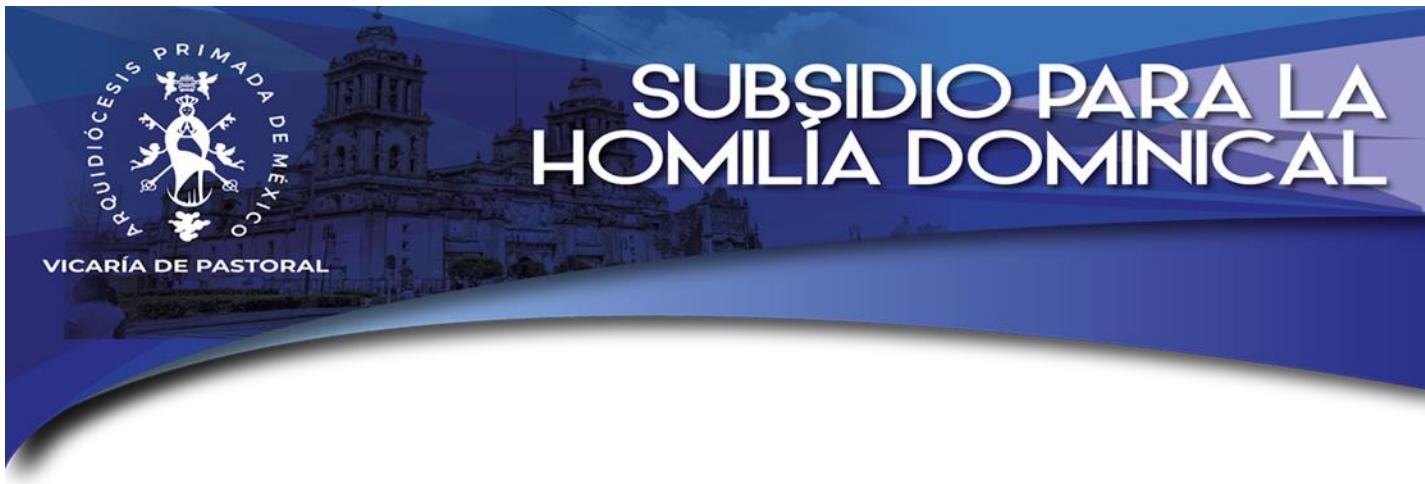
esperanza de alcanzar la gloria de Dios. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros todavía estábamos sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atreviera uno a morir; más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.

Juan 4,5-42: En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: — «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino a donde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está



recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».





SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

UNA SED QUE SOLO SE SACIA ESCUCHANDO LA PALABRA

Israel está en el desierto. Ha salido de la tierra de esclavitud siguiendo al carismático caudillo Moisés en busca de la tierra de la libertad y la abundancia. Pero a poco, en cuanto la sed abrasadora lo acorrala, el pueblo titubea, duda de la presencia de Dios y reclama exigiendo una prueba tangible de la providencia divina.

¿No es acaso evidente el carácter paradigmático o ejemplar del texto bíblico que nos describe a todos y cada uno de los que nos hacemos llamar discípulos de Jesús y un día decidimos fiarnos de su palabra y dejamos atrás seguridades y contentos para internarnos en el desierto y encontrar la libertad que tanto ansiamos, pero que en cuanto sentimos los rigores del desapego a los ídolos o nuestra seguridad se ve amenazada clamamos a Dios exigiéndole pruebas de su cercanía y providencia?

Apenas hace algunos días experimenté con mucha fuerza esta realidad en mi vida; iba en el carro y, de pronto, en una esquina, se apareció un mendigo que, extendiendo la mano ennegrecida por la mugre, me pedía una moneda. Mi primera reacción fue buscar apresuradamente en mis bolsillos algo de cambio (¡como si de eso se tratara la caridad cristiana!), pero lo único que hallé fue un billete de \$500... ¿qué hago?... si entrego el billete me quedo sin nada y necesito comprar algunas cosas de la tienda... y claro, se puso el verde del semáforo y arranqué.

¿Qué fue lo que me paralizó, lo que detuvo mi mano para no sacar el billete y compartirlo con ese indigente?... *¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?*, me



pregunté, igual que los israelitas, y simplemente no pude con la sensación de desprotección que experimenté al pensar en dar todo lo que tenía, no confié en el Señor, no creí en su Palabra... “*Vosotros no estéis preocupados por lo que habréis de comer o vestir, que de eso vuestro Padre del Cielo se hace cargo, vosotros ocupaos del Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*”... a pesar de que en múltiples ocasiones *he visto sus obras*, como dice el salmista.

Sin embargo, la misericordia del Señor es siempre infinitamente más grande que nuestras rebeliones y la sobreabundancia de su gracia derrota la abundancia de nuestro pecado. Dios hizo –a través de Moisés– brotar agua de una roca para saciar la sed del pueblo. Vayamos más allá de la lectura literalista del texto y desentrañemos su sentido simbólico y espiritual. La roca o la piedra simboliza dos cosas en la Biblia: por un lado representa a Dios mismo en cuanto fortaleza y firme asidero del creyente en medio de la tribulación y, por otro lado, simboliza la Ley, la Torá.

Las dos acepciones simbólicas de la imagen de la roca pueden ser asumidas en el mensaje espiritual del autor inspirado. Ante la tribulación que se presente como muerte inminente (en cualesquiera de las dimensiones de la muerte, no solamente la física), el creyente debe buscar su salvación en una realidad que ya ha sido dada por Dios y que es la Palabra revelada, consignada en la Sagrada Escritura y en la cual Dios habita, la cual inclusive, *Dios Es*, como lo afirmará el mismo Jesús en el texto de san Juan que nos ha sido proclamado.

En la Palabra podemos encontrar el agua que sacia nuestra sed abrasadora, de ella brota la vida que hidrata nuestras almas agostadas y resecas. Pero hay un elemento en el texto que muchas veces pasa desapercibido a los comentaristas; ¿por qué Dios no hace brotar el agua directamente, sin intermediación de Moisés? ¡Porque Dios ha decidido, en su infinita y sabia economía salvífica, que es necesaria la intermediación humana para recibir la salvación de la Palabra y para ello hace uso de sus pastores!

¡Cuánto nos gustaría que Dios nos dispensara del fatigoso acto de la dependencia pastoral, que nos hablara directamente y sin ambigüedades, que nos diera el conocimiento infuso de sus misterios y su voluntad! Pero resulta que no es así, que exige de nosotros la docilidad y la obediencia, la fe de creer que el pastor ejerce un ministerio que Dios le ha encomendado y que es él quien ha de golpear la roca para ayudarnos a extraer el agua que habrá de darnos vida.

Claro que estoy hablando de un pastor comprometido, que está al servicio de sus ovejas, que las escucha y atiende diligentemente, que está permanentemente de cara al Señor en la oración y que intercede por ellas, que sabe inclusive –como Moisés– enfrentarse al Señor en buena lid con tal de salvar a su rebaño. Ante un pastor de esta naturaleza, no hay para donde hacerse, o se obedece al pastor o se queda fuera del alcance del manantial que brota para vida eterna.



Sin embargo, y a pesar de la misericordia de Dios, la actitud desconfiada y altanera de Israel (y la nuestra) ante la aparente ausencia divina en su necesidad no deja de ser un peligro latente en la vida espiritual. Por ello, el salmista ([Sal 94](#)) nos conmina en su canto a estar atentos... «*Ojalá escuchéis hoy su voz: "No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras"*».

El peligro mortal radica en no escuchar la Palabra, en la cerrazón a sus mociones, a su influjo salvífico que nos mueve hacia la vida. *Un corazón endurecido* es la consecuencia de la sordera ante la Palabra. El corazón, sede simbólica de la sabiduría (capacidad de discernir el bien y el mal), se esclerosa, pierde vida, se muere cuando no escucha y pierde el rumbo cuando presta atención a otras voces que no son la de Dios. Estamos, ni más ni menos, ante el peligro y las nefastas consecuencias de la soberbia original de los primeros padres, que prefirieron prestar adhesión a la voz de la serpiente (símbolo de las voces creaturales) y desoyeron (actitud activa opuesta) la voluntad de Dios expresada en su Palabra.

Ahora bien, Pablo, en su carta a los [Romanos](#), al final del texto que se nos ha proclamado, nos hace una afirmación de singular valía espiritual: el amor de Dios se prueba por el hecho de que Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores. El amor de Dios no es la paga por nuestra conversión, es la fuerza invencible que nos es dada gratuitamente para que podamos vencer al pecado y la tentación. Pero ese amor no es algo intangible, es Cristo mismo, la roca firme, la piedra angular de la que brota el manantial de vida eterna y que nos es comunicada. La roca de la que Moisés hizo botar el agua es la prefigura de Cristo, verdadera y definitiva Roca/Ley de la cual nos viene la salvación.

Del extraordinariamente denso y bellísimo texto del evangelio de Juan que hoy se nos proclama como palabra de Dios, solamente rescataremos algunas ideas. Es muy interesante notar que Juan invierte los roles en relación con los personajes de la primera lectura; en el Éxodo, es Israel quien tiene sed, en el evangelio es Jesús, quien cansado del camino se sienta sin más en el brocal del pozo y dice a la mujer “Dame de beber”, infiriendo la sed que padece.

El pozo (de piedra) simboliza la Ley antigua, por eso Jesús manifiesta pleno dominio sobre ella (se sienta). La mujer simboliza al pueblo de Israel (siempre es así en la simbología de Juan) que busca saciar su sed en la Ley/Palabra del Antiguo Testamento, pero se ve sorprendida por la petición de Jesús, que requiere de su comunidad/pueblo un agua que sólo ella puede darle: ¡Su fe, su respuesta de amor y por amor, su cabeza reclinada en el pecho del Amado, sus fracasos y sufrimientos puestos en la patena de la vida entregada en servicio y ofrecida al Padre en el Hijo por el poder del Espíritu!



Sólo entonces es posible gratuitamente beber del Pozo que es Cristo, saciar la sed de infinito que habita en nuestro ser mortal, saberse y sentirse amado y conocido hasta lo más recóndito de nuestro ser, adorar al Padre en espíritu y en verdad, más allá de las estructuras cultuales de la religión y escuchar la inefable voz del Amado que nos dice "*Soy Yo, el que habla contigo*"

Saciemos pues nuestra sed con la Palabra y saciemos la sed de Dios con nuestra entrega confiada y amorosa.

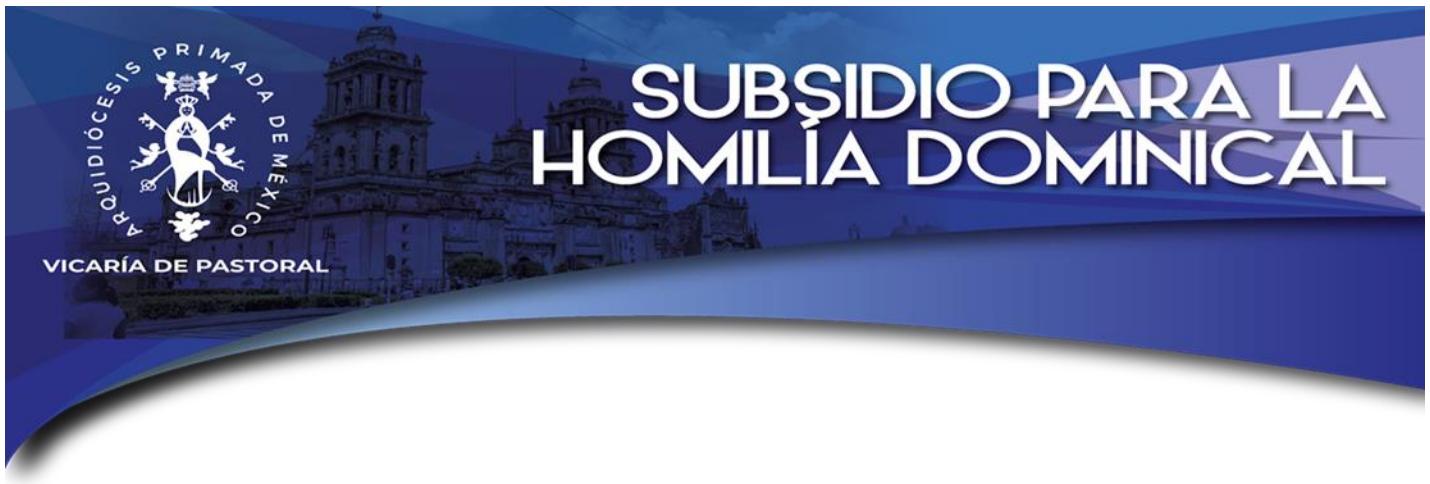




SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

1. Jesús es el agua que sacia la sed de infinito que hay en el corazón del hombre y que no puede ser saciada más que con esa agua. Por otro lado, Jesús también tiene sed de ti, de tu respuesta a su amor.
- Trae a tu recuerdo algún momento en el que, cansado del camino, de la lucha cotidiana por la vida, Jesús te ha dado de beber el agua viva para restituir tu ser.
- ¿Cómo respondiste ante el don de Jesús? ¿Cómo respondes hoy a ese amor infinito que te regala?
- Recuerda algún momento en el que tú le has dado de beber el agua de tu amor a Jesús.
- ¿Qué harás, de manera concreta, para dar de beber a Jesús durante esta semana?
- Repite, a lo largo de la semana, varias veces durante el día las palabras de Jesús: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva".





SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL

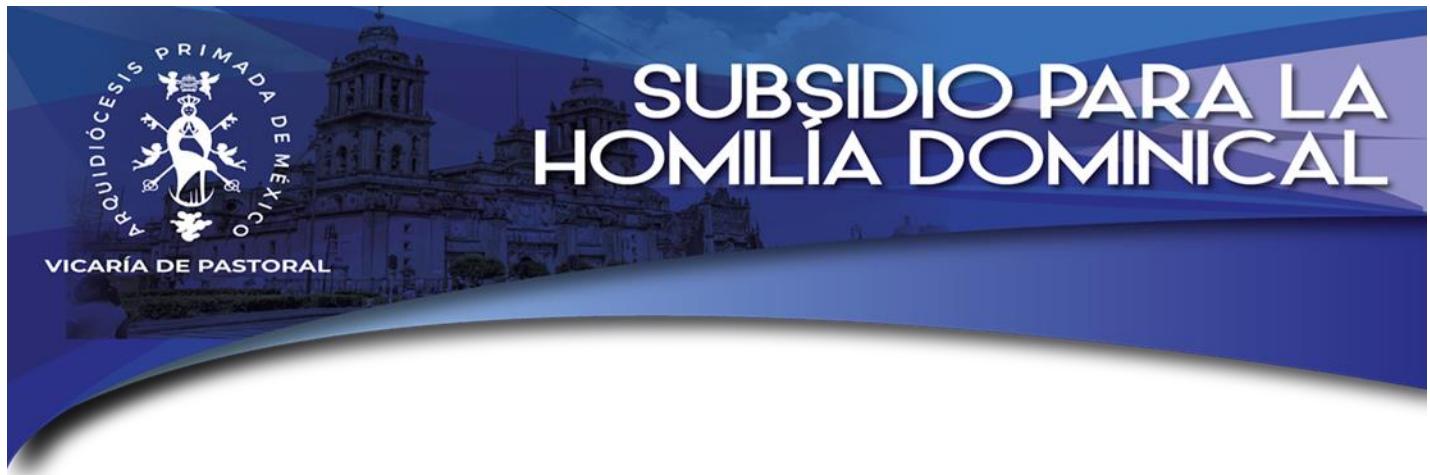
CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



**Te invitamos a orar con este bello canto:
“Dame de beber” (Salomé Arricibita).**

<https://www.youtube.com/watch?v=M9Mo6U4ggUs>





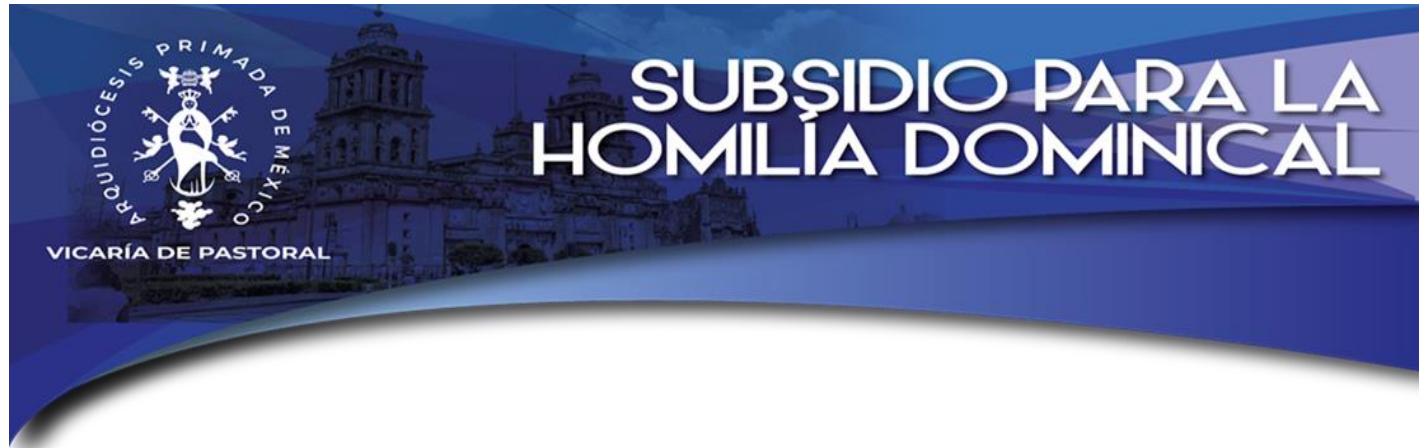
LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco en el Ángelus del 23 de marzo de 2014

<http://bit.ly/3DlyOFz>





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

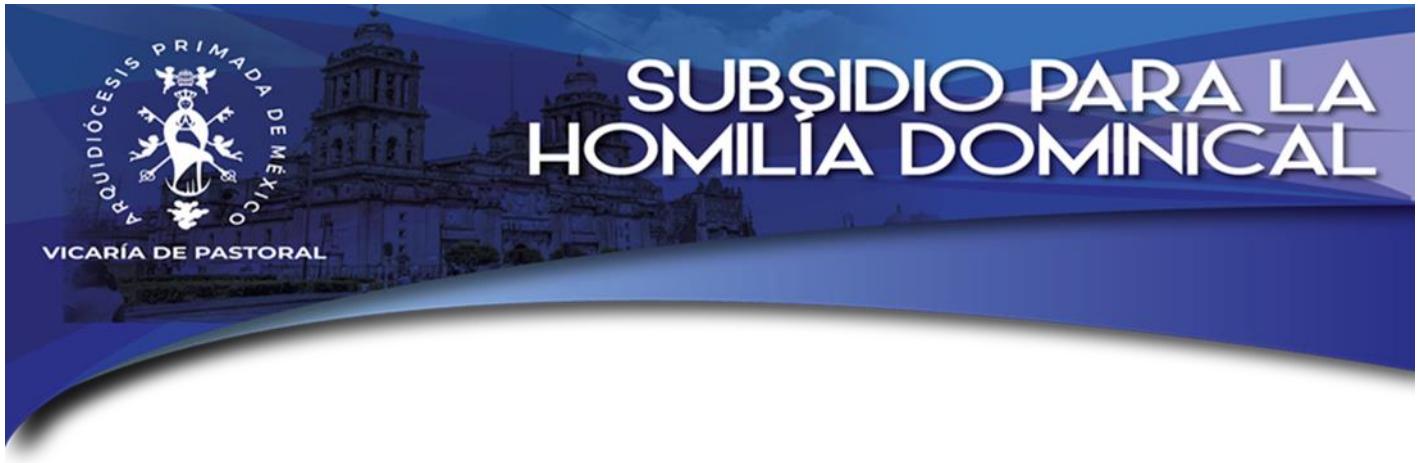
LA SED DE JESÚS QUE ENCIENDE EL AMOR

Jesús le dice a la mujer samaritana "Dame de beber". La sed de Jesús no hace referencia solamente a la sed corporal que todo hombre padece, sino que expresa una realidad más profunda: el deseo de que la samaritana se abra al camino de la fe. Cuando la samaritana le pide agua manifiesta en el fondo la necesidad de ser salvada, deseo presente en el corazón de toda persona. Jesús le revela que él ofrece el agua viva del Espíritu Santo, que sacia la sed de infinito de todo ser humano. Jesús quiso tener sed de la salvación de la samaritana para encender en ella el fuego de su amor.

Jesús desea el agua de nuestra fe y el amor de la humanidad. Del encuentro personal con él, reconocido y acogido con el Mesías, nace la firme adhesión a su mensaje de salvación y el deseo de difundirlo en el mundo. Todos estamos llamados a recorrer el camino de la fe, el camino de encuentro personal son el Mesías. Jesús nos transforma completamente, así como transformó la vida de una mujer que sin dudarlo va a comunicar la buena noticia a la gente del pueblo vecino.

La Revelación acogida por la fe impulsa al hombre a transformarse en una palabra proclamada a los demás. El hombre no puede vivir sin esperanza. Muchas esperanzas naufragan contra los escollos de la vida. La esperanza del cristiano no defrauda, porque se apoya en el sólido fundamento de la fe en el amor de Dios, revelado en Cristo. María es la madre de la esperanza. María siguió a su hijo hasta la cruz y ella nos va a ayudar a que nuestro corazón tenga agua para la vida eterna.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

¿Cuántas veces, querido adulto mayor, le has exigido pruebas a Dios acerca de su presencia, de su auxilio o de su providencia?, tal vez has dicho “una prueba de que me escuchas, Señor” o “una prueba de que me concederás lo que te pido”. Es la misma actitud que los israelitas le mostraron a Moisés cuando estos sintieron sed en el desierto e increparon al profeta para que hablase con Dios y les diese una prueba de su gloria y grandeza. Tal vez, sin notarlo, tú has hecho lo mismo que ellos hicieron.

Sentir sed es una alegoría de pasar por un momento difícil, una experiencia dolorosa o un momento de la vida en el que se siente que todo lo que conoces o te es familiar está por llegar a su fin. En los momentos en los que has experimentado esta sed el Señor te pide que no endurezcas tu corazón, sino que entres en su presencia, con humildad, aclamándolo y bendiciéndolo. Al igual que los israelitas vivir en un desierto es causa de sentir mucha sed, sin embargo, Dios espera que al igual que Jesús, todos y cada uno de nosotros tomemos como alimento el hacer la voluntad del Señor y llevar a término su obra. Deseamos de corazón que estos días de cuaresma sean una oportunidad para ti para reflexionar, corregir lo que no te ha traído aprendizaje ni felicidad, y continuar el camino a la santidad caminando con Jesús.

A veces pensamos y nos preguntamos si está bien increpar a Dios, más tratándose de algo relacionado con un ser querido, con algún hijo o hija, alguna experiencia que les haya sucedido y que nos lleve a pensar que podemos negarnos a hacer su voluntad, o bien que podamos recuperar la fe si Dios nos da pruebas de su divina gracia, tal como lo



exigieron los israelitas cuando sintieron sed en el desierto. ¿Cómo es que nosotros, padres y madres de familia cristiana, debemos conducirnos para ser ejemplo de fe, esperanza y caridad cristianas?

El rol que nos toca desempeñar requiere de muchas responsabilidades, obligaciones y deberes. No obstante, si nosotros, padres y madres, nos damos la oportunidad de cambiar la perspectiva y adoptar esa enorme responsabilidad, podremos “cargar con el paquete”, no nos neguemos a cargar nuestra cruz así como lo hizo Jesús, es nuestro deber el educar a los hijos y dirigir nuestras familias bajo los principios cristianos, enseñando, guiando, siendo un ejemplo positivo. Les invitamos a que en estos días de cuaresma nos animemos todos a educarnos y reeducarnos en nuestra fe. Hay que leer, preguntar, comentar y discutir acerca de lo que significa ser cristiano en estos tiempos: Jesús nos ofrece el agua viva, entonces preparemos nuestra mente, alma y corazón. Que esta cuaresma sea un tiempo de reconstrucción y que te sirva para fortalecerte en la fe, así serás un líder positivo en tu familia, los guiarás con confianza en nuestro Señor, con paciencia y amor.

